

Renovando la práctica sistémica, desde Milan a los diálogos: un ejercicio de irreverencia.

Paolo Bertrando.

Entre las muchas iniciativas del Instituto Familiar Cardiff (*Cardiff Family Institute*) para el avance de la terapia familiar, una sobresale en mi mente. Se ha estado celebrando durante algunos años una conferencia que comienza con la conferencia conmemorativa de Gianfranco Cecchin, en honor a, entre los muchos otros contribuyentes al pensamiento y la práctica sistémica, al que ofreció algunos de los conceptos más desafiantes, especialmente la idea seminal y controvertida de la irreverencia. (Cecchin et al., 1992). Curiosamente, algunas de las conferencias conmemorativas de Cecchin trataron temas en los que el propio Cecchin nunca trabajó en una elección coherente con su énfasis en la renovación y la desobediencia. ¿Cómo podemos ser realmente fieles a las ideas de Cecchin, después de todo? No podemos imaginar ser reverentes hacia la irreverencia; debemos, por lo tanto, ser infieles a ello. ¿Pero, qué significa eso? No podemos imaginar algo como la irreverencia hacia la irreverencia ", o, lo que es peor, la" irreverencia de segundo orden "u otras monstruosidades similares, que fueron, sin embargo, muy populares dentro de los círculos sistémicos hace algunos años. El juego del lenguaje es mucho más simple: sólo tenemos que mirar fuera del campo definido por los maestros, y hacer algo diferente.

Esto es lo que hicieron la mayoría de los terapeutas que iniciaron las llamadas terapias "post- Milan". El equipo reflexivo, las terapias narrativas y conversacionales, todas derivadas de una raíz con base en Milan, se movieron hacia adelante y hacia los lados al mismo tiempo, desarrollando formas terapéuticas que eran completamente autónomas y, sin embargo, mostraban cierta semejanza familiar con las prácticas sistémicas de Milan, (2000). Por eso pensé que la mejor manera de honrar los 50 años de actividad del Instituto debería ser tratar con algo nuevo, en lugar de insistir en la celebración de lo viejo. Las novedades que me resultaron más fáciles de encontrar fueron, por supuesto, las pocas que había desarrollado, me disculpan, espero, si escribo sobre ellos.

Ahora, ¿es posible desafiar a los maestros y, al mismo tiempo, mantener viva su herencia? Nosotros (es decir, yo y el pequeño grupo de facultativos sistémicos que trabajamos en la Escuela Sistémica-Dialógica en Bérgamo) elegimos, en primer lugar, descubrir qué, en ese amplio patrimonio, todavía es esencial para la práctica clínica y específica del enfoque (ver Boscolo et al., 1987). Descubrimos que podíamos restringir las contribuciones básicas a un conjunto relativamente pequeño: el concepto de la hipótesis de Milan, el razonamiento sobre la posición del terapeuta, la relevancia de contextos más amplios y, sobre todo, la postura tentativa e irreverente del terapeuta expresado perfectamente en el trabajo

posterior de Cecchin. Luego pasamos a lo que sentimos que no estaba en sintonía con los tiempos actuales. Lo encontramos principalmente en la visión "heroica" del terapeuta que surgió de la lectura de casos clínicos. Hay una atmósfera un tanto fría, creada por una comprensión intelectual muy cognitiva de la hipótesis; el uso técnico de las preguntas circulares (y el énfasis general en las técnicas); el riesgo, no aparente en las sesiones de los grandes maestros, pero es relevante en los discípulos menos hábiles y expertos, de un enfoque frío y distante de los problemas y dilemas de las personas.

El interés en el diálogo surgió de esas consideraciones. Tom Andersen me había introducido en el trabajo de Bakhtin, y pensé que podría ser un complemento lo suficientemente bueno para nuestro énfasis original Batesoniano. Al mismo tiempo, ya estaba consciente de que lo que llegué a definir como la postura "heroica" del terapeuta, el terapeuta que podía proporcionar los re-encuadres más excéntricos a una familia y ser aceptado por ellos, no era una parte que pudiera yo hacer. Podía sugerir, analizar, proponer. Confiaba mucho en mis interlocutores. Leer a Bakhtin no fue una revolución, sino más bien una legitimación de una postura que ya era mía (ver Holquist, 2002). Sin embargo, al decidir cambiar de una vez por todas mi posición teórica y práctica, ya me estaba alejando de la tradición, aunque no lo tenía claro (Bertrando, 2007).

Probablemente, me di cuenta de mis propios cambios cuando intenté tratar con lo que se había descuidado en el enfoque de Milán: sobre todo, eran "emociones" y todo lo que pudiera estar relacionado con hechos emocionales. Probablemente el primer paso desde el modelo sistémico de Milán al modelo dialógico sistémico fue mi propio trabajo sobre las emociones en la terapia sistémica (Bertrando, 2014). Originalmente, lo que tenía en mente era demostrar cómo los practicantes sistémicos no descuidaban realmente las emociones; lo que descubrí fue que, de hecho, las emociones, aunque presentes en las sesiones, estaban poco teorizadas. Cuando comencé a considerarlas correctamente, todo mi enfoque de la terapia experimentó inexorablemente un cambio adicional. Ser más sensible a las emociones de los clientes y mis propias emociones, significaba olvidar gran parte de los fundamentos cognitivos de la práctica de Milán, acercándome más a la experiencia de los clientes, al mismo tiempo que también prestaba más atención a mi propia experiencia emocional.

Llegué a este enfoque centrado en la emoción en un período en que mi énfasis Batesoniano original, como dije, había sido fertilizado por el descubrimiento de las ideas dialógicas de Bakhtin, y también por volver a leer el trabajo de Michel Foucault. Mi propio tipo de reflexión Foucaultiana no estaba centrada en su trabajo sobre el poder, preferida por Michael White, sino más bien en sus ideas sobre las "tecnologías del yo" (Foucault, 1988). Adoptando esta perspectiva, vi la terapia no sólo como una manera de ayudar a las personas a tener más libertad, sino también como una forma de moldearse a sí mismos.

Si hubiera encontrado en Bakhtin una justificación teórica para un nuevo conjunto de micro-prácticas jerárquicas, esto no significaba, para mí, que el terapeuta tenía que desaparecer virtualmente para no influir en los clientes. Foucault indicó que, de hecho, era imposible no influir en las personas a través de nuestra presencia en la terapia, y Bakhtin (1935) también advirtió que la comprensión recíproca conlleva una especie de lucha entre los participantes.

Mi posición, en resumen, era que las hipótesis seguían siendo necesarias. Sin embargo, eran hipótesis nuevas, más tentativas e inestables, que llevaban a su sentido último la idea de que las hipótesis; "ni verdaderas ni falsas" del grupo de Milán. Hipótesis incompletas, dialógicas, de que los clientes están convocados a completar, revisar, reescribir, descartar u oponerse de acuerdo con sus propios sentimientos. Sentí, en ese momento, todavía dentro del marco principal sistémico. Las emociones y las hipótesis emocionales fueron otro paso adelante: para formular hipótesis con (en) las emociones, tuve que acercar mis hipótesis a la experiencia de los clientes aquí y ahora, privilegiando las conexiones emocionales para generar hipótesis que, además de ser inciertas, también eran extremadamente parciales, simples e incompletas.

Como terapeuta, sentí que debía ser mucho más sensible y atento con los clientes. El trabajo de Claudia Lini sobre el posicionamiento y las consecuencias existenciales del posicionamiento (Lini & Bertrando, 2017) fue el siguiente paso, y probablemente el que definió, de una vez por todas, el enfoque sistémico-dialógico como una forma de terapia autónoma. El concepto de posicionamiento era, desde luego, parte del patrimonio de Milan desde el principio, y ya se había desarrollado para incluir cambios sociales más grandes, es decir, no familiares. Los cambios sociales hicieron que este razonamiento fuera inadecuado. Según Zygmunt Bauman (2000), la sociedad contemporánea, en contraste con la sociedad modernista anterior, se caracteriza por una fluidez intrínseca. Dentro de tal "modernidad líquida", la identidad personal ya no puede considerarse como fija y estable. Por lo tanto, necesitamos encontrar criterios de supervivencia que no sean dictados por entidades externas. Para dar sentido a nuestra posición en el mundo, una explicación estructural no es suficiente, ya que todas las referencias cambian continuamente. Aquí nuestro estado emocional puede ayudar: las emociones, los eventos pre-lógicos y pre-categoricos, proporcionan novedades sobre el estado de nuestras relaciones. Al mismo tiempo, el sentido de nuestras emociones se comprende mejor si tenemos una noción de los diferentes sistemas y contextos en los que estamos integrados. Al encontrar su lugar, el terapeuta obtiene una comprensión diferente de sus relaciones con los clientes y, a su vez, puede ayudarlos a encontrar su lugar en sus propias vidas. La idea, en resumen, fue utilizar las emociones de uno como una herramienta para

orientarse, tanto en la terapia como en la vida. Como lo expresa Jeff Faris, del Instituto de la Familia,

"Esta conciencia de la interacción recíproca entre la emoción y la postura, actúa como un marco de referencia para el terapeuta que la guía sobre lo que decide hacer a continuación en el curso de la sesión y cómo lo hace. Lo que indica su percepción de la postura que ella está tomando (en ese momento) y la experiencia emocional asociada son los múltiples niveles de contextos a los que se hace referencia en el artículo. Los clientes / pacientes se posicionarán de manera similar dentro del sistema terapéutico, incluida la construcción de la postura del terapeuta como parece a medida que influyen en esto, este proceso de negociación interactiva de posición es, por lo tanto, el proceso mismo de evaluación e intervención y también es transformador para la misma terapeuta" (comunicación personal, 2018).

En este punto, habíamos esbozado las características básicas de una nueva metodología. Sin embargo, mantuvimos el concepto básico de sistema y aún vimos las relaciones humanas como integradas en los sistemas humanos, de manera diferente, por ejemplo, de los terapeutas que crearon el enfoque de diálogo abierto (ver Seikkula y Olson, 2003), quienes sostienen que el mundo es un lugar desordenado, y la idea de orden implica el predominio de una sola voz, la que dicta el supuesto orden "natural". Aceptar el desorden significa, para ellos, renunciar, de una vez por todas, a privilegiar una voz sobre las otras. Preferimos pensar en una dialéctica entre orden y desorden. La polifonía de Bakhtin es una buena cura para un exceso de restricción; las reglas sistémicas son necesarias cuando la polifonía¹ se convierte en cacofonía² y los riesgos se convierten en desconexión. En la práctica sistémico-dialógica, el orden toma la forma de hipótesis. Dentro de una comunicación dialógica y horizontal (similar tanto a un equipo de reflexión como a un diálogo abierto), ahora utilizamos una manera diferente de formular hipótesis, que introduce hipótesis como parte del diálogo.

Durante una sesión, el terapeuta está constantemente atento a los hechos emocionales en la relación terapéutica (y en la vida de los clientes), y utiliza el posicionamiento sistémico asociado a la conciencia emocional en el proceso de encontrar el lugar de uno.

Desde un punto de vista práctico, esto condujo también a algunos cambios técnicos que, aunque menos sustanciales que esos cambios importantes, dieron a nuestra sesión un gusto muy diferente al de los viejos tiempos. Se acabaron las intervenciones finales que habían sido tan importantes en épocas anteriores; con ellos decidimos eliminar también la discusión en mitad de sesión entre el terapeuta y el equipo, porque en la mayoría de los

¹ Muchos sonidos

² Sonidos desagradables, feos.

trabajos prácticos el equipo también se había ido. Esto era parte de una realidad más amplia que hacía que el uso de equipos clínicos fuera cada vez más difícil para la mayoría de los clínicos, pero que no había sido reconocido dentro de la capacitación sistémica. A su vez, hizo que el terapeuta individual fuera totalmente responsable de sus acciones dentro de la sesión.

También ampliamos el uso de la co-terapia, que había sido una de las características del enfoque de Milan al principio, y luego casi se abandonó. Cuando trabajamos en co-terapia, somos libres de interrumpir la sesión cuando queramos) para analizar entre los co-terapeutas lo que está sucediendo. Esto nos permite introducir hipótesis y consideraciones sobre el proceso terapéutico de una manera muy simple y fluida. El procedimiento se parece al equipo reflexivo, pero lo encontramos menos ritualizado y solemne, y generalmente es muy aceptado por los clientes, especialmente en la terapia de pareja. En general, si miramos hacia atrás en el campo como lo fue hace 50 años, cuando se fundó *The Family Institute* y los terapeutas de Milan comenzaron su aventura, aun trabajando, en ese momento, dentro de un paradigma estrictamente psicoanalítico, podemos darnos cuenta de que los tiempos han pasado. Sin embargo, la pasión que estaba allí al principio todavía está con nosotros. Hemos cambiado mucho, y todavía estamos en el proceso de cambiar, como cualquier otro ser vivo.

Página 48

A medida que cambiamos, muchas ideas, prácticas, marcos que parecían inevitables y necesarios se han vuelto obsoletos; Sin embargo, las mejores ideas sobreviven, e intentamos hacer todo lo posible para mantenerlas vivas incorporándolas en una práctica que habla con las personas y los contextos en el momento presente. Y, sobre todo, lo que estaba allí y lo que queda es el profundo respeto que tenemos, y siempre hemos tenido, por las personas que eligieron compartir sus problemas, dificultades, esperanzas y experiencias de vida con nosotros.

Página 49